

May. jun 1987

Así Nomás

Alonso Cueto

Hace algunos años, en Madrid, asistí a una experiencia insólita, para la cual nunca me habían preparado: en una casa ocupada en ese momento en su mayor parte por españoles, uno de los invitados hizo una imitación de un peruano, tal como actúa cuando va a comprar a una tienda. El resultado fue para mí imprevisto: según ellos, los peruanos íbamos caminando muy lentamente por la calle, con aire cansino, y entrábamos a pedir algo arrastrando infinitamente los sonidos de cada palabra. Eramos todos un abierto contraste con la conducta de los españoles, gesticulantes, intensos, llenos de impulsos, apasionados hasta en los actos más cotidianos. Los peruanos, en cambio, éramos lentos, pasivos, tristes. Según el imitador, quien se pasó un buen rato parodiando a todos los amigos peruanos que tenía en España, el peruano tardaba siglos para hacer las cosas más intrascendentes,

demoraba horas para terminar una frase y apenas reaccionaba a los más vibrantes estímulos de la música, el sexo o la comida.

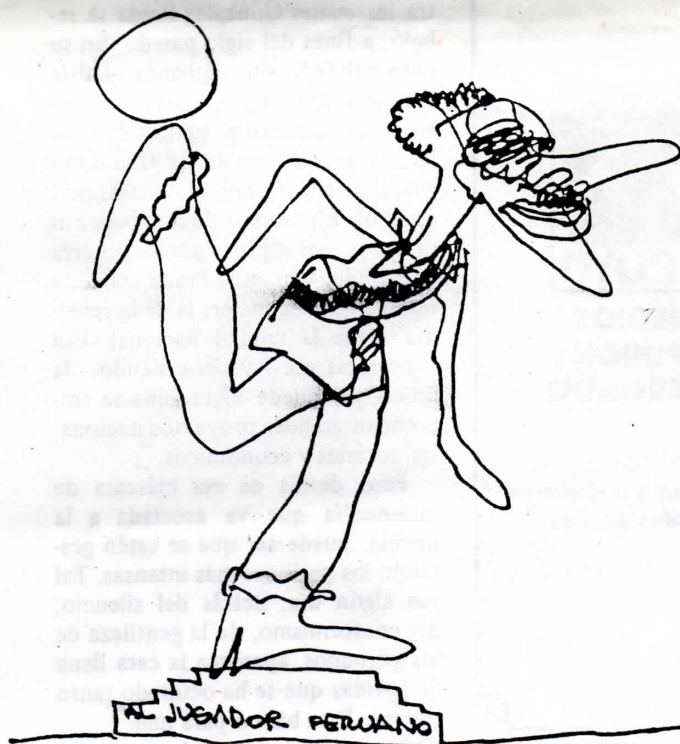
Un tiempo después, hablando con un amigo, me recordó aquellas frases según las cuales los procesos históricos en el Perú podían verse como procesos empezados y nunca terminados, como desarrollos frustrados: burguesías incipientes que no se desarrollaban como tales, revoluciones que no se culminaban, estados que no se consolidaban, etc. ¿Hay algo de común entre esta última apreciación de la historia moderna del Perú y las imitaciones que los españoles de Madrid hacían de los peruanos? Tal vez una característica de nuestra vida que puede ser definida como el principio de la carencia. A diferencia de otros países como España y México, el rasgo fundamental del comportamiento de los peruanos no es el exceso, sino la carencia. Nunca nos propone-

mos ir más allá de las barreras, nunca traspasamos los límites; más bien, tendemos a cuidarnos de ello. Actuamos sin tratar de terminar, de completar, de redondear. Todo se queda a medio hacer, por aburrimiento, por falta de recursos, por falta de organización, de fe.

Nuestra medida siempre se ha quedado corta. No hemos logrado culminar las cosas buenas, pero tampoco nos hemos ido a los extremos en las malas. Nuestras revoluciones no han logrado serlo totalmente, pero es verdad que nuestras dictaduras tampoco. Esa sensación de parálisis, de silencio, de falta de resolución viene de algo que late en algunos personajes de Ribeyro: la melancolía de impotencia frente al destino. No estamos dispuestos a luchar para transformar la realidad; le permitimos a ésta acomodarnos a sus designios. El conformismo, el silencio, el quietismo, aun en las peores épocas de crisis, constituyen las principales características de esa condición.

En los testimonios de algunos visitantes extranjeros durante la guerra con Chile y, en especial, en el testimonio de Radiguet, se hace referencia a la generosidad y la bondad de los soldados peruanos. La segunda observación de los visitantes, sin embargo, apunta a su desorganización. No estaban entrenados, no estaban bien armados, tenían balas de un calibre para ser usadas con fusiles de otro. A pesar del heroísmo de tantas figuras durante la guerra, el ejército, en su conjunto, no estaba en condiciones de ganarla. ¿Por qué? Por la falta de organización y de recursos. Por la falta de una conciencia generalizada de equipo, de grupo, de conjunto, por la falta de un ideal por el cual se estuviera dispuesto a morir, y a matar.

Salvo Alfredo Bryce, creo que



nunca he conocido a un peruano muy hablador. Casi todos los españoles, portorriqueños y cubanos que he conocido, en cambio, me han dejado atontado de tanto hablar. Por lo general los peruanos rumiamos la vida, la ocultamos, la convertimos en algo que reaparece de otro modo. Nuestra música no tiene la alegría de la música brasileña ni la sexual ferocidad de la salsa, sino la dulce complacencia de la chicha o la finura del huayno y el vals. Somos finos, elegantes, dulces, complacientes, o tiernos. Somos conformistas, seguimos adelante.

La idea tan española, de decirle a alguien las verdades cara a cara nos parece terrible. Hablamos mal, pero siempre a las espaldas. Nos gusta no meternos en problemas, no hacer mucha bulla, seguir, como decimos, allí, tranquilos.

Esta actitud tiene una traducción en una frase coloquial, acuñada por el uso. Cuando consideramos, no que hemos terminado, sino que es hora de abandonar una tarea, lanzamos la frase mágica para justificar nuestro abandono: "Ya. Así nomás". "Así nomás" significa que las cosas pueden quedar como están, porque no hay que ir más allá en ellas.

No terminar, no culminar, no matar al enemigo, no odiar al rival, no amar intensamente, no romper, no ser, éstas eran las actitudes contra las cuales Gonzales Prada se rebeló, a fines del siglo pasado. En su personalidad, sin embargo, había más la anarquía y el apasionamiento de un español y su indignación habría podido ser la de Unamuno cuando se enfrentó al "marasmo" español. En un país de hombres humillados, opacados por la guerra con Chile, Gonzales Prada trató de restablecer la conciencia de la rebeldía y de la unidad nacional. Esa conciencia era —y sigue siendo— la única que puede lograr que se emprendan grandes proyectos nacionales, sociales y económicos.

[Pero detrás de esa máscara de melancolía que va asociada a la inercia, puede ser que se estén gestando las pasiones más intensas. Tal vez algún día, detrás del silencio, del conformismo, de la gentileza de los peruanos, aparezca la cara llena de heridas que se ha ocultado tanto tiempo. Para bien o para mal.]
